

La Verificación

Tu te has revelado a los pobres y a los pequeños ¿Por qué la Iglesia?, Tercera Parte, Capítulo I, 3. (Don Luigi Giussani)

3. La disponibilidad del corazón.

Para nosotros, como para quien hace dos mil años conoció a Jesús, para el fariseo o para el publicano Zaqueo, para la samaritana o para Simón el leproso, para quien le crucificó o quien lloró su muerte, para quien colgó el cartel con el motivo de su condena en la cruz, despreciándole, como para quien se preocupó por deponerle y meterle en un sepulcro adecuado, tanto para nosotros como para todos ellos, el problema de verificar esa pretensión enorme tiene que partir de un «encuentro», de algo físicamente presente.

La Iglesia no puede hacer trampas con su propuesta; no puede entregar simplemente un libro o determinadas formulaciones a la consideración de algunos exegetas.

Ella es vida y tiene que ofrecer vida, acogiendo la experiencia de los hombres en el ámbito de su pretensión.

Pero tampoco el hombre puede aprestarse a verificar algo que tenga ese alcance sin adoptar un compromiso que implique la vida. Tampoco él podrá recorrer hasta el final el camino que le asegure el carácter atendible de lo que proclama la Iglesia sin estar dispuesto a comprometerse. Puesto que la Iglesia se propone como vida, una vida plenamente humana y llena de lo divino, el hombre tendrá que comprometerse con la vida para «cerciorarse» de ese desafío. Y no podrá captar si es verdadero o no lo que promete la Iglesia más que partiendo de lo que ella es actualmente, junto a él mismo. La Iglesia no puede trampear, pero el hombre tampoco. Lo que se abre ante él es un camino verdadero al que su corazón debe estar dispuesto.

Los pasos y los rostros que tendrá semejante camino no son previsibles. El cristianismo, que afirma la encarnación de Dios, tiene justamente esta característica singular. Igual que alguien se levanta por la mañana y cae en la cuenta de que su marido, su hijo o su hermano, tiene una postura inesperada frente a las personas o las cosas, del mismo modo - permítaseme esta comparación-, Dios se presenta también en la historia de cada uno con el carácter concreto y variable que tiene el rostro de la comunidad, la cual pretende ser, no obstante, quien perpetúa su presencia en la historia.

Lo que hace falta para empezar este camino es, por lo menos, ese tipo de disposición al compromiso¹ que la tradición cristiana llama «pobreza de espíritu». Podría llamársela también

¹ Esta aceptación de la ley de la existencia, esta disposición a tensar la cuerda del arco propio no en busca de uno mismo sino de otro, que el Evangelio llama pobreza, está bien documentado por Guardini en su comentario a los primeros capítulos de las *Confesiones* de san Agustín: «Después vienen las palabras inmortales: 'ya que tú nos has creado para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que encuentre reposo en ti'. La concepción agustiniana del hombre llega hasta el fondo en estas palabras. El hombre está puesto por el Creador en el ser real, autorizado a mantenerse en su centro y a proceder con sus pasos; pero su realidad es distinta de la de las demás criaturas. Estas están radicadas en su naturaleza, están basadas en sí mismas Y vuelven sobre sí. La figura que describe su existencia es un círculo que se cierra sobre sí mismo. En cambio, la figura de la existencia humana es un arco lanzado más allá de lo que conoce; unas veces sobre lo que le sale al encuentro en el mundo, ante todo la otra persona, el tú; pero, en último análisis, sobre ese tú en el cual Dios mismo se ha puesto para el hombre [...] Esta es la ley de su existencia, que atestigua una inquietud profunda que no desaparece jamás; inquietud que puede ser malentendida, pero no eliminada. Cuando el hombre se da cuenta de

búsqueda de una mayor riqueza, ya que su dinámica se apoya en esa otra frase inmortal de Jesús: «El que quiera salvar su vida la perderá, pero el que pierda su vida por mi causa la salvará»² El centro de esa actitud de aceptación, de esa pobreza de espíritu, es la mirada fija en lo que constituye el tesoro del hombre, en ese oro puro de la verdad y la realidad que hace que cualquier otra imagen de ellas, aunque se trate de la propia vida, se reconozca humildemente con menor valor.

Quisiera repetir, para terminar, que ha este camino de verificación afrontado con ánimo abierto y disponible le está prometida una realización existencial que la Iglesia declara saber obtener comparándose o desafiando a cualquier otra propuesta. Pero naturalmente, esa plenitud -el «cien veces más» del Evangelio- es solamente un albor de la totalidad. La totalidad es inconmensurablemente más de cuanto podemos imaginar: es el «ciento por uno». Pero este ciento por uno es la indicación de que el todo se está acercando, es un signo que pone de manifiesto la totalidad. Sin pasar por esta experiencia el hombre no estará convencido jamás.

Vale la pena citar la oración correspondiente a la misa de la liturgia del Domingo vigésimo del Tiempo Ordinario: «Oh Dios, que has preparado bienes inefables para los que te aman; infunde tu amor en nuestros corazones, para que, amándote en todo y sobre todas las cosas, consigamos alcanzar tus promesas, que superan todo deseo».

ella se convierte en un tormento; pero cuando la acepta, le conduce a la calma esencial, es decir, a la plena realización de su ser» (R. Guardini, *L'inizio*, Jaca Book, Milán 1973, pp 30, 31 [tr. cast. *Principio. Una interpretación de San Agustín*, Sur, Buenos Aires 19031).

² Cf. Mt.10,39; Lc. 9,24